

Pero pronto nos impidió seguir viendo aquellos destrozos una columna de humo, que subía con dirección de Tacuba y San José el Real.

— ¡Está ardiendo la casa de Bonilla! se oyó decir.

Era un dolor ver la montaña de cosas bellas, útiles y exquisitas que estaban hacinadas en la calle y ardiendo en confusión.

Un piano, cortinas, el ajuar del salón, dos coches, muchísimos muebles.

Cuatro de los beneméritos revolucionarios arrojaron con grandes trabajos un enorme espejo de que no quedó trozo del vuelo de una peseta. Uno salió envuelto en un manto de la Orden de Guadalupe, otro tocado con el sombrero de caballero, cubierto con la casaca y ciñendo el espadín sobre los harapos mugrosos de lépero del barrio de la Palma.

Se divertieron un rato á costa de los de la mojiganga, y acabaron por despojarlos de todos aquellos trapos ricos echándolos al fuego.

A poco bajó un cuadro de marco riquísimo; luego un alud, una verdadera lluvia de libros. Los pergaminos se confundían con las encuadernaciones modernas, las ediciones de anchos márgenes con las económicas. Durante un rato estuvieron cayendo, como aves asustadas, cuadernos, tomos á la rústica, periódicos y revistas, que agitaban por breve espacio sus alas, echaban un vuelco y daban en la hoguera.



Uno salió envuelto en un manto de la orden de Guadalupe...

Sentí entonces que se levantaba en mí algo que rechazaba aquel salvajismo. Empecé á gritar, á accionar violentamente, á llamar la atención del grupo que me rodeaba.

— ¡Que hable, que hable, dijeron muchos!

— ¡Es un *suidadano* que quiere tomar la palabra!

— ¡Tiene la palabra!

— ¡Que nos diga algo ese *suidadano*!

— ¡Es un enemigo de los ladrones!

— ¡Es un enemigo del cojo!

— ¡Muera el cojo!

Entonces, desde los hombros de cuatro revoltosos, dije debía cesar aquel espectáculo deshonroso, aquella algarrada que daba triste idea del pueblo mexicano.

— ¡Abajo, dijeron muchos!

— ¡Es un traidor!

— ¡Está vendido al oro de la Mesilla!...

— ¡También gozó de las *gotas de agua*!...

— ¡Es un buen patriota!, gritó Nicolás Cuevas; viene del destierro, sufrió persecución por sus opiniones.

— Pues que deje al pueblo hacer justicia.

— El pueblo castiga, no roba.

— Que deje seguir su suerte á lo mal habido.

La disputa se prolongaba sin fruto, cuando por Santa Clara vimos llegar un piquete de soldados que dispersó á la turba.

Entonces Cuevas se me acercó.

«Te he salvado la vida, me dijo. Estaban furiosos contra ti y quizás te habrían apedreado... No, no hay que oponerse á los fallos de este juez inapelable y de derecho divino que se llama la turba... Respetémosle, temámosle y dejémosle hacer su gusto... Y luego, que no se trata de robar nada, ni de causar daño á los ciudadanos pacíficos... En los bajos de la casa de Santa Anna hay una sastrería; alguien tomó una pieza de casimir, y bastó que se dijera: «pertenece á un artesano honrado», para que se dejara en su sitio... En los bajos de la casa de Bonilla hay una tienda española de ultramarinos. No desaparecieron ni una botella de vino, ni una cajetilla de cigarros... El pueblo que así procede, ¿no es un pueblo honrado é incapaz de mancharse con excesos punibles?»

«Todavía más; alguien propuso ir á la casa de Velázquez de León, ex ministro de Fomento; bastó se hiciera notar que habitaba en el Colegio de Minería, un establecimiento nacional y útil, para que desistiera la justicia popular de presentarse allá.»

En eso un grupo que pasaba arrastrando un busto de Santa Anna, nos dijo á gritos:

— Compañeros, ¿qué hacen allí mano sobre mano? A la casa de Escandón, á la casa del gran agiotista... Para allá se encamina el pueblo... Hay que darle su merecido.

A Guardiola marchamos más que de prisa; pero ya había allí estacionado un retén que ahuyentaba á la turba.

A poco se abrió un gran portón y vimos salir al General Díaz de la Vega, á Suárez Navarro y á don Martín Carrera.

Me acerqué á mi maestro, que venía radiante de gozo.

— Ya tranquilizamos á la familia, y á buen seguro que vengán revoltosos á atacar la casa de don Manuel, que es un buen amigo de la libertad... Había que proteger á los verdaderos liberales, por más que la protección tocara de rechazo á muchos pillos. En la Casa de Sierra y Rosso, donde ya se habían sacado los muebles y coches, en la de doña Merced Santa Anna, en la de Lagarde y en la de Blanco, la policía dispersó á los revoltosos... En casa de Lares, calle de Jesús, se iba á hacer un ejemplar; pero el pueblo no encontró sino unas cuantas sillas del Norte que echar á las llamas. En cambio dejó un pasquín en verso, en que decía que el ex ministro, que diariamente comulgaba, había embarcado para España, bajo partida de registro, á Martín Rul, con el fin de apoderarse de los bienes de la señora Pérez Gálvez.

— ¿Y qué se sabe de Santa Anna? pregunté.

— Hoy estuvo poniendo telegramas, ordenando todavía que se instalara el triunvirato que nombró; pero al fin

nadie le hizo caso... Se tiene noticia de que dispuso le liquidara la Aduana de Veracruz sus haberes hasta hoy... Se sabe que le quitó á su suegro, Vidal y Rivas, catorce mil pesos que le había dado con cargo á las rentas de Michoacán: hoy ó mañana debe embarcarse, para no volver más, ese hombre funesto y digno del patíbulo por mil conceptos.

No me extrañó esa irreverencia de mi maestro, que por apasionado y por resentido era capaz de excesos peores; pero sí me extrañó—tan joven era—lo variable y tornadizo de la gente.

Al teatro se le había quitado ya el nombre de Santa Anna; los que el día anterior se mostraban ardientes partidarios del dictador, ese día le execraban y se reían de él.

El Omnibus, sin mentar periódicos, era del número de los ingratos.

Los que solicitaban las migajas de la mesa del sátrapa, los que le llamaban *Napoleón Americano*, héroe invicto gobernante intachable, hombre de Estado asombroso, ahora lo maltrataban sin compasión. ¡Era la cox del asno al león muerto y sin defensa!

Nunca me ha impresionado más la caída de un régimen cualquiera.

* Después fuí ayudante de Comonfort; oí las deliberaciones del Congreso de 56, que dió la gran Constitución

liberal á nuestra patria; presencié los preparativos del golpe de Estado y estuve al lado de Juárez en los días tremendos de la revolución. Todo lo he de referir, lo mismo que muchos lances de mi escabrosa vida; pero aquí tomo resuello para que lo tomen también mis lectores, si los he tenido.

